

casa un teatro de veras, y aun creo haber leído en él una *Oda á la Restauración*. ¡Qué afán de *odari*! ¡Si siquiera hubiera sido una silva!

El verano, lleno de emociones, de peripecias, de sobresaltos, fué, no obstante, en Madrid memorable. Pero llegó el invierno. Alzó su tinglado la mujer de los bartolillos; mi novia se casó con un catedrático ilustre. Una noche sonaron cañonazos. Alfonso XII era rey de España. El teatro de casa se deshizo; había que estudiar. Y vi al honorable y viejo Camús que nos dijo con su sonrisa bonachona á unos cuantos: «Ya tenéis monarquía, y orden, y tradiciones venerandas. Ahora vais á verlo que es bueno.»

La república de Soria

¡Famosa calaverada fué aquella! Todavía, á los que fuimos en ella actores ó testigos, se nos ponen, al recordarla, los cabellos en punta. En fin, hoy que se cumple el aniversario la referiremos, y ¡que Dios nos perdone!

Tarde lluviosa y frigidísima, mal alumbraba las calles de la vieja ciudad, cual de ordinario lóbregas y adustas. Destilaban glacial aguanieve las gárgolas roídas de los templos románicos y los canes apollillados de las callejas solitarias. Lloraban los santos bizantinos de pético y desmesurado encéfalo en el pórtico de Santo Domingo, las labradas impostas de la torre de Doña Urraca y el escudo de Castejón y los ajimeces abocinados del senecto San Juan de Rabanera. El mismo San Saturnio parecía estremecerse, entumecido, dentro de su hornacina del Collado.

En los balcones, tras las emplomadas vidrieras, aparecía por acaso un rostro femenino, invadido de palidez y tedio mortal. Retumbaba de vez en cuando el golpe seco de un desvencijado portón, y todo volvía á abismarse en silencio, que subrayaba de nuevo la lluvia, pausada y lacrimosa, como un llanto insócrono y desolado de secular abatimiento y de tristeza irremediable.

Y he aquí que, de pronto, ¡suceso inaudito! vibraron en los aires las notas estridentes y desafinadas de un himno patriótico. Se abrieron unos cuantos zaguanes y ventanas y mostraron su faz asombrada como hasta dos docenas de numantinos soñolientos. Los chicos corrimos alborozados hacia donde sonaba la música; era la primera que escuchábamos en dos años, fuera de la fiesta de las calderas. Sin duda, debía ser acontecimiento estupendo el que perturbaba la calma perdurable de la ciudad morigerada y semiclaustral.

Pronto supimos el notición; se había proclamado la República y era presidente Figueras. Quedamos atónitos. ¡Cómo iban á rabiar el cura del Espino y su cofrade Núñez, el catedrático de latín! ¡Pues no digo nada Avilés! Treinta chicuelos nos incorporamos á la banda; detrás iban el tío Garapo, Molina, Balbás y media docena de amigos. Dimos vivas á todo lo existente, y además, á la Manolilla la cervereña. En seguida, ¡hala! á la calle Real; allí vivían todos los carcas y había que meterles por los oídos *La Marsellesa*, el himno de Garibaldi y el *Trágala*. Alguien soltó al aire tres ó cuatro disparos, soplaron más fuerte los de la murga y bajamos albarotando hasta el río.

Poco á poco fuimos siendo contados los del grupo, y fatigados y enronquecidos, decidimos dar por terminado nuestro heroico desfile patriótico.

Cada cual se internó por un callejón solitario y sintió como nunca la pesadumbre de aquellas vestustas y carcomidas piedras. Había ya cerrado la noche y parecían más largos los muros conventuales, más altos los negros fantasmas de las torres y más rotundos y ventrudos los ábsides y las encrucijadas más angostas. En las casas alumbraba el velón de Lucena la escalera de toseco pasamanos, y en la sala se rezaba el rosario con modulación que semejaba quejumbre. Las calles parecían más desiertas y lóbregas, y una campana lúgubre tañía desagravios en la iglesia del Salvador.

Núñez, el cura catedrático, nos recibió al otro día en el aula con un fruncimiento de cejas, que hizo más sombría su cara avellanada y enjuta. ¿Quién de nosotros había sido de los manifestantes? Ya sabía él que había República y que iba á venir de gobernador Treserra, un impío que injuriaba á la Iglesia; pero *Portæ inferi non prevalebunt adversus eam*. La República había nacido fuera de tiempo. «¡Demonio, demonio!» Después nos puso á todos de rodillas y nos hizo rezar un *paternoster* por la conservación de la fe.

Llegaron las vacaciones y ¡á Madrid! ¡Qué sorpresa! Poco más ó menos ocurría lo mismo que en la vieja Numancia. La gente estaba contristada; los voluntarios hacían centinela en las puertas de los palacios, para defenderlos de supuestos demagogos, y en todos los templos había rogativas. A Pavia le quedaba bien poca labor.

Verdaderamente, tenía razón el padre Núñez: la República había nacido fuera de tiempo. ¡Demonio, demonio! En fin: ¿qué se le va á hacer? Otra vez será.

VERNE

No sé si la muerte de Julio Verne impresionará á nuestra juventud literaria. No hace muchos días, un sabio profesor, Unamuno, confesaba que las obras del ilustre francés le causaban tedio; y después he leído, en un elogio al inglés De Welis, que no tienen ya los lectores el candor necesario para deleitarse con la lectura de *Cinco semanas en globo* y de *La casa de vapor*.

Por mi parte, amo las obras candorosas. Paréceme el candor cualidad demasiado estimable para que, asociada al talento, pueda causarme enojo. En la misma indagación científica, el candor me parece adorable. Es la verdad tan excelsa, que no se rinde sino á quien á ella se consagra con toda la efusión, con toda la impersonalidad, con todo el candor de las almas vírgenes.

Recuerdo mis primeras lecturas de aquellas novelas maravillosas en que su autor, subyugándonos, nos hacía viajar por el infinito. Era en una clase aburrida y monótona de derecho canónico. Mientras el profesor, digno y sencillo sacerdote, nos explicaba de qué suerte el concilio de Nicea fulminó contra los primeros herejes, yo devoraba páginas y páginas de mi autor favorito, viajaba por las llanuras polares frigidísimas, caminaba por entre *icebergs*, bajaba al fondo de los mares ó á las entrañas sombrías del planeta y me lanzaba á los espacios en el proyectil del *Gran Club*, para delumbarme ante el espectáculo de las nebulosas y maravillarme ante la silenciosa marcha de los mundos que pueblan el universo sideral.

Y yo encontraba en aquellas obras candor. Un

candor perfumado, el del creyente en la energía absoluta, el del hombre que tiene fe en los destinos de los hombres, el de quien ama el estudio con frenesí y la ciencia con arrobamiento. ¡Ah, qué hermoso candor aquél! ¿Estará condenada á perderle esta generación escéptica y fría, que de todo reniega y que de todo se sonríe?

Lo que no ven, ó no quieren ver, los detractores de aquel gran investigador (así como suena) es que en sus obras no todo era candor. Había el reconocimiento, es más, la afirmación explícita de que los estudios experimentales, positivos, debían ser considerados como de capital y primera importancia, ni más ni menos que en Comte ó Littré. En una época en que las ciencias que estudian fenómenos han recabado su derecho á plantear y estudiar todos los problemas de la Naturaleza, de la vida del pensamiento y aun de la conducta, el hombre que ha despertado en sus semejantes el amor á este estudio es un bienhechor de la humanidad.

Cuando aparecieron las primeras obras de Julio Verne, la literatura popular arrastraba una de sus más torpes y odiosas decadencias. La novela carecía en absoluto de realidad; sus autores parecían encontrarse fuera del mundo; ni sus personajes eran de carne, ni las escenas en que intervenían tenían la menor verosimilitud. En España varios jornaleros del arte falseaban á su gusto la Naturaleza y la Historia, y perturbaban las inteligencias con sus dramas fantásticos y sus lances absurdos. ¿Fué poco apartar á la juventud de las novelas de Dumas padre, de Soulié y Paúl Feval, de los libros de rezo análogos á *La alfalfa divina*, y llevarle á la contemplación del Océano, de los seres vivos, de las leyes físicas y del ritmo de las constelaciones?

Hasta qué punto Verne fué escrupuloso en la verificación de los datos en que basó sus fábulas, lo muestra el hecho de haberse realizado no pocos de sus sueños. ¿A quién puede parecer imposible hoy la vuelta al mundo en ochenta días, la navegación submarina, la exploración de ciertas latitudes y la dirección de los globos? En sus obras hay algo siempre de adivinación; pero es la adivinación racional, es decir, la hipótesis justa, basada en experiencias, en postulados y datos ciertos.

Los libros no sólo son estimables por lo que dicen, sino por lo que pueden sugerir. Y esas novelas sugieren el amor á la Naturaleza, la devoción absoluta á la ciencia, el sentimiento de solidaridad y fraternidad entre todos los hombres. La generación que esperaba con ansia la aparición de las obras de Verne, que se embelesaba con aquellos hermosos sueños, por grandes que fuesen sus culpas, es la que ha afirmado de una vez para siempre la necesidad de partir en toda indagación de la observación y el análisis, es la que ha abominado de las abstracciones absurdas, de todas aquellas catedrales de pensamiento á lo Fichte, á lo Schelling, á lo Hegel, edificadas sobre arena y basadas en la más antipática egolatría.

¡Cuánto bien han hecho en España esos cuadernos á dos columnas con sus grabados toscos, en que se representan aventuras que, á primera vista, se rechazan por estupendas! El amor á la realidad no podía despertarse aquí sino mediante la fantasía. Aquí, donde no sabemos multiplicar y apenas leer, donde la mayor parte de los políticos, de los letrados, de los filósofos, ignoran los más elementales principios de la física y la mecánica; aquí, donde se ha rendido culto á la leyenda hasta envenenar el ambiente más sano, no era posible llevar

á las conciencias el sentimiento de la verdad, ni á los cerebros el afán del estudio, sino encerrándolos en el férreo caparazón del *Nautilus* y disolviéndolos en las ondas vibrantes del *Rayo verde*.

Juzguemos á los hombres, en fin, por lo que fueron en su tiempo. Y honrémosles; honrar es el goce de los buenos. Una sola vez he querido regatear merecimientos y homenajes. Por esa sola vez me arrepiento. Quien no sabe depositar laureles en las sienes marchitas, no merece alumbrarse con los destellos que de ellas partieron en días de gloria y de plenitud.

Jenaro Baudelaire

No puedo recordar qué día fué aquel memorable en que nuestro compañero Jenaro tuvo la malaventurada ocurrencia de leernos sus primeros versos. Fué un éxito loco. No hay memoria en el Instituto de triunfo semejante. Gritos, aullidos, coscorrones, todo lo sufrió el infeliz Jenaro con melancólico estoicismo. Es forzoso reconocer que los tales versos no nos sonaron muy mal al oído; pero eso de que un chico de catorce años, desmedrado, ojeroso y con rodilleras en los pantalones, nos hablara de sufrimientos, ¡él, que precisamente era hijo de la *Tía Sufrimientos!* nos hizo desternillar de risa. Sin duda ignoraba que éste era el apodo de su madre, una mujer muy encorvada que siempre estaba lagrimoteando su viudez, su pobreza, su falta de salud y no sé cuántas otras desdichas. Muchas veces pasábamos el puente, seguíamos por el camino de Tudela adelante y llegábamos hasta la casucha desvencijada en que habitaba la madre de Jenaro.

Sigilosamente nos acercábamos á la ventana, rompíamos con el puño el papel con que solía reemplazar á un vidrio, roto hacia mucho tiempo de una pedrada, y decíamos con acento compungido:

—¡Buenas tardes, *Tía Sufrimientos!*

Y ella nos contestaba resignada:

—¡Pronto cesarán, hijos míos, por la misericordia de Dios!

Sin duda no decía la menor palabra á Jenaro de nuestras burlas, temerosa de que el muchacho tuviera con nosotros reyertas. Y la verdad era que, fuera de esta causa, no había por qué enredarlas con él. Era un chico cariñoso y amable, que nos prestaba sus apuntes, nos acababa los dibujos y se confesaba en clase autor de la mayor parte de nuestras diabluras. No pocas veces el profesor de Psicología le decía enojado:

—Ya sé que tú no has sido, Jenaro; pero con tu bondad mal entendida estorbas mi castigo y fomentas la indisciplina. A la primer travesura que se cometa en clase te expulso definitivamente.

Y no ocurría la menor travesura en un mes. Porque la verdad es que todos queríamos á Jenaro, lo cual no impedía que le hiciéramos sufrir lo indecible, pidiéndole que nos recitara alguno de sus versos y riéndonos de ellos después á carcajadas afrentosas.

—Jenaro: ¿te acuerdas de los versos que hiciste á la lana?

Y Jenaro se ponía muy serio, alzaba su nariz imponente, una nariz sayón y escriba, y nos soltaba una oda que partía los corazones. Al final era ella.

—¡Ladrón! ¡Bandolero! ¿Conque *doncella casta?* ¡Maldita sea tu casta! ¿De dónde has copiado eso del *cedal de ensueño?* ¡Tunante! ¡Fuera!

Un día nos leyó un *Nocturno*; se lo quitamos de las manos, y Zoilito Pérez, el más atrevido de la clase, se lo llevó al profesor de Retórica.

—Mire usted, don Pascual—le dijo—, los versos que he copiado de un libro. No sé de quién son, porque le falta la cubierta.

Leyó los versos don Pascual y pronunció muy serio:

—Esto debe ser de Musset: «Tejedme una corona | de laurel y de espino.» Recuerda aquello de los amigos y del sauce. A menos que no sea de Bartrina ó ¡quién sabe si de Baudelaire!

¡Baudelaire dijiste! El hijo de la *Tía Sufrimientos* ya no tuvo otro nombre que el de Jenaro Baudelaire. La chanza llegó á ser pesadísima.

—Tú, Baudelaire, átame ese zapato.

—¡Que te llama ese burro Baudelaire!

No hablemos de la corona *de laurel y de espino*. El Instituto entero convino en que había que tejerle á Jenaro su corona. ¿Cuándo? Cualquiera día, el de su santo, el de los Inocentes, cualquiera. Se la ceñiríamos en la frente, le llevaríamos en hombros y le pasearíamos por la población, dando vivas al *Sufrimientos Chico*, vulgo Jenaro Baudelaire.

La corona llegó á ser para el pobre muchacho una pesadilla. ¡Una corona de laurel y de espino! ¡Estaría bonito el poeta con aquellas narices!

—Oye, Jenaro—decía uno—; ¿te será lo mismo de acebuche?

—¿Y el cetro? ¿De qué quieres el cetro?

—Mejor será una lira.

—O un violón.

Jenaro acababa por llorar. Ya no nos leía verso ninguno. Pero él los escribía. ¡Ya lo creo que los escribía! Muchas veces le veíamos, sentado en un

banco del jardín de la Dehesa, escribir entre las rodillas; pero en cuanto nos divisaba, guardaba los papeles en el bolsillo y echaba á correr. Y cuando alguna vez le perseguíamos, rompía apresuradamente los versos y los pisoteaba con rabia. Y entonces le gritábamos:

—¡No rompas tu gloria, Baudelaire!

Acabó por no ser conocido por otro nombre. El profesor mismo de Geometría le sacaba al encerado con este remoquete.

—A ver: que nos diga el señor Baudelaire lo que es un poliedro.

Y había una de risas y de taconeos que ponía espanto.

Y una mañana que le llamaron porque tenía que ayudar al secretario á extender unas papeletas de examen, entró el bedel y dijo con voz campanuda, que retumbó en la cátedra:

—El señor Jenaro Baudelaire, que salga.

Una tarde pasamos unos cuantos escolares el puente y fuimos á casa de su madre. Uno rompió el papel de la ventana y dijo sonriendo:

—Buenas tardes, madre Baudelaire.

—No—contestó dulcemente la vieja—. Sigo siendo la viuda de Peralta, ó si queréis, la *Tía Sufrimientos*. Mucho tengo que padecer por mi hijo todavía; pera él, que es bueno, me recompensará.

—¡Seguro!—dijo yo—. ¡Como que es un poeta!

—¡Ya lo creo!—respondió la *Tía Sufrimientos*—. Y él lo sabe también y me tiene jurado que, algún día, por su fama, pondréis en mis manos coronas.

Contuvimos la risa y nos alejamos. ¡La famosa corona de laurel y de espino! Decididamente había que tejerla para Jenaro, aunque no fuera más que del tamaño de sus narices. ¿Pero habría en la población laurel suficiente?

Una mañana de Diciembre, cuando estábamos todos en clase esperando que el profesor de Geometría nos explicara el área del segmento esférico, sacó el catedrático un periódico del bolsillo, le desdobló y se puso á leer en voz alta.

A las pocas palabras caímos todos en la cuenta: era el *Nocturno* de Jenaro.

—¡Caramba, Baudelaire!—dijo el profesor—. No sabía yo que enviaba usted estas cosas á la corte, ni que era usted colaborador de *El Eco de las Clases Pasivas*. Los versos son magníficos, pero creo que, tratándose de clases pasivas, no debía usted pedirles una corona de laurel, sino de balduque.

¡Santo Dios, y qué gritería se armó en el aula! Jenaro se echó á llorar como un becerro y hubo que dejarle salir. Al día siguiente continuó la chacota.

—¡Adiós, poeta pasivo!—le gritábamos unos.

—¡Salve, Baudelaire de balduque!—le aullaban los otros.

Por fin llegaron las vacaciones y dejamos de ver á Jenaro. Pero entonces fué cuando decidimos organizar la solemnidad estupenda, magna, definitiva: la coronación.

Procedimos á tejer la corona. La orilla del río y el jardín del Instituto nos proporcionaron los materiales. Encorvamos una rama de espino, la cubrimos de tallos de laurel, sujetándolos con bramante, y el hijo del encuadernador se encargó de estampar en una cinta blanca estas palabras: *A Jenaro, poeta, sus condiscípulos y admiradores*.

Cuando vimos en nuestras manos la corona acabada, lanzamos un grito de triunfo. La burla iba á ser memorable, estupenda.

Nos reunimos diez ó doce en compacto grupo y nos encaminamos al puente, en busca de la casucha de la *Tia Baudelaire Sufrimientos*.

Era casi cerrada la noche y el frío nos calaba los huesos. Caminábamos en silencio, sin saber por qué, como si supiéramos á conciencia que íbamos á cometer una mala acción.

Ya cerca de la casa oímos el aullido de un perro y sentimos no sé qué remordimiento tétrico. Por la ventana parecía salir un fulgor extraño. Nos detuvimos un momento; pero el más decidido dijo en voz alta:

—¡Por qué hemos de dejarlo así? ¡Vamos adelante!

Y abrió la puerta. Quedamos al punto sobrecogidos. Ante nosotros se presentaba un imprevisto y lastimoso espectáculo. En el centro de la habitación había un paño negro, rodeado de cuatro blandones, y en medio, amarillo, rígido, sin vida, yacía el cadáver de Jenaro.

A su lado, arrodillada, hundida la frente en el suelo, estaba su madre. Se hizo un silencio angustioso, mortal.

Erguidos, temblorosos, permanecíamos en fila, avergonzados de nuestra hazaña. La madre *Sufrimientos* nos vió por fin; prorrumpió en sollozos. Durante un largo rato se oyeron sus quejidos entrecortados, como una trágica protesta contra el poder oculto que deshace las flores marchitas.

Luego se levantó, nos miró con ojos espantados. Vió la corona, se adelantó y la cogió con sus manos crispadas.

—¡Gracias, hijos míos, gracias!—exclamó.

Y llevando en la mano, como una mártir resignada, la corona de laurel y espino, la puso devotamente sobre el cuerpo del pobre Jenaro Baudelaire, que ya no compondría más versos.

Y todos rompimos á llorar.

Las tortas de manteca

Eramos seis, ni uno más ni uno menos, los escolares que, desde las cuatro hasta las seis, repasábamos con don Zacarías nuestras lecciones de álgebra elemental. Y era precisamente el que no pagaba el que se mostraba más altivo y nos humillaba con sus demostraciones rotundas, claras, inmediatas, irrefutables. Cuando, ante la pizarra, quedábamos mudos y llenos de terror, sin poder resolver una ecuación bicuadrada, sonaba la voz gangosa de don Zacarías, que murmuraba irónica:

—A ver, que nos demuestre eso Polín.

Y Polín, cejijunto, altivo, tomaba el clarión entre sus dedos, y en un instante nos demostraba que x admite en general cuatro valores iguales, dos á dos, y con signos contrarios.

Polín nos humillaba y le mirábamos con recelo. Era un muchacho pálido, aunque robusto, que jamás se reía ni jugaba, y que nos miraba á todos con olímpica indiferencia. Sin embargo, sus modales eran afables, casi paternalmente protectores; era pobre: pudiera decirse misérrimo. Su padre era un hortelano de San Polo, que carecía de medios materiales para costear estudios á Polín. Pero Polín tenía ganada por oposición media beca en el Instituto, y además ganaba en todos los cursos matrículas de honor. Don Zacarías nada le cobraba por el repaso. Se consideraba satisfecho cuando, encarándose con nosotros, nos gritaba indignado:

—¡No hay duda que me acreditáis como maestro!
¡Afortunadamente, tengo á Polín!

A las seis era completamente de noche, y noche frigidísima, en los meses de Noviembre á Febrero.

Salíamos envueltos en nuestras bufandas y caladas las gorras hasta las sienes. La vieja ciudad parecía dormida en una romántica tenebrosidad. Los escolares caminábamos por callejas solitarias y adustas, y llegábamos á la esquina de la calle Mayor. Allí, en uno de los portales, acurrucada junto á un hornillo, envuelta en su deshilachado mantón de lana, estaba la madre Sacramento, mirando con ojos adormilados y pitarrosos, alineadas, en su estantería de pino, las tortas de manteca.

¡Vaya unas tortas las de la madre Sacramento, Virgen del Mirón! Blandas, doradas, azucaradas, humeantes: su vista sola despertaba en nuestros paladares un goce sensual. A lo mejor, en el repaso, nos atascábamos al sumar un simple polinomio, y don Zacarías clamaba con inconsciente indiferencia:

—¡Aquí, Dios no piensa más que en las tortas!

Y era verdad. Allí no pensaba en el álgebra nadie más que Polín. Los demás esperábamos el momento en que saldríamos á la calle, azotada por el vendaval, y soplándose los dedos de frío, correríamos á buscar nuestra torta, á cambio de una moneda de diez céntimos que nuestras madres ó encargadas habían cuidado de depositar en nuestras faltriqueras.

Pero no íbamos á buscarla al puesto de la madre Sacramento. Era una vieja huraña y rudamente hostil. Preferíamos ir á la plaza del Salvador, en donde estaba su pequeña hijastra: una niña rubia, demacrada, con aspecto de mártir, refugiada en un portalillo, adonde la enviaba la vieja desde el otro extremo de la ciudad, cargada con un cesto de tortas. En el rostro de aquella niña, que podría contar diez abriles, se veían las huellas de los malos tratos de que la hacía víctima la vieja

cruel, quien la golpeaba brutalmente por cualquier motivo. Su mayor sufrimiento era el hambre: se adivinaba en sus miradas, que se fijaban con codicia en las tortas, apetitosas y calientes, pero que no se atrevía á tocar, temerosa del feroz castigo.

—A ver, cinco tortas, Rosita.

Y Rosita se alzaba aterida, esbelta, dentro de sus pingajos. Y nos daba las cinco tortas á cambio de las cinco grandes monedas de cobre, que guardaba en el bolsillo de su delantal.

Polín no compraba. También contemplaba las tortas con mal disimulada codicia; pero no tenía dinero, y decía indefectiblemente, rechazando las tortas:

—No me gustan.

¡Vaya si le gustaban! Pero era orgulloso el diantre del muchacho. Rechazaba indignado los trozos que nosotros nos apresurábamos á ofrecerle, y con las orejas muy encarnadas y los ojos llorosos, nos gritaba otra vez con rabia:

—¿No os he dicho que no me gustan? ¿O queréis que os las tire á todos á la cabeza?

Una mañana, al ir al Instituto, pasamos Polín y yo ante el puesto de la odiosa madre Sacramento. Un grupo de curiosos se agolpaba ante su portal, en donde se oían los gritos desgarradores de Rosa.

—¡Es una infame esa tía bruja!—decían las mujeres—. ¡No se cansa de atormentar á la niña!

Luego oíamos la voz de la madre Sacramento, que articulaba enfurecida:

—¡Es una bribona, una tunante! Todas las noches se come una torta de las que lleva! ¡O la mato, ó acabo con su golosina!

Todavía pudimos oír llorar á Rosita y jurar que era verdad que cada noche le faltaba una torta, pero que se la robaba no sabía quién. Sen-

timos el estallido de dos nuevos cachetes. Polín estaba trémulo: temblaba de rabia y de indignación. Echó á andar hacia el Instituto y yo le seguí.

—¡Es una infamia—gruñía entre dientes—, un verdadero asesinato! Rosa se muere de hambre, mientras la vieja se regodea con sus tortas. ¡Ella no las cuenta, la miserable! ¡Y luego, porque la niña hambrienta no resiste á la tentación y devora una de las doce que lleva en su cesto, la golpea y la martiriza!

Sus ojos despedían llamas; su puño se crispaba nervioso.

—Mira—me dijo, deteniéndose y asiéndome del brazo, con un vigor impropio de sus catorce años—, ¿en el mundo hay mucha injusticia, y somos nosotros, ¿entiendes? nosotros, los que tenemos que remediarla!

Polín me daba cuidado. Llegó la noche y no fué al repaso. Salimos, compramos las tortas y me separé de mis compañeros. De pronto me pareció ver avanzar en la sombra un bulto y adelantarse al puesto de Rosita. Su cautela me hizo sospechar si sería el ladrón que se llevaba la torta. Me escondí en un zaguán y miré. El bulto fué casi arrastrándose hasta el cesto; metió la mano en él, y salió corriendo.

Me precipité tras él sin pronunciar palabra. Cruzamos dos calles, y pasó por bajo de un farol. La luz reflejó en su rostro, y yo ahogué un grito de sorpresa:

—¡Polín!

Era Polín el ladrón por cuya culpa Rosita padecía todos los días el horrendo martirio. Sentí un escalofrío. ¡Quién lo hubiera pensado! Decidí callar y seguir espíándole, sin despertar la menor sospecha.

Al día siguiente nos vimos en clase. Polín estaba todavía más pálido que de costumbre; parecía esquivar mis miradas. Yo no hice la menor alusión á lo que había visto la noche antes. Por la tarde, en casa de don Zacarías, estaba aturrido y no prestaba la menor atención á los problemas de álgebra. Don Zacarías llegó á alarmarse.

—¿Qué es eso, Polín?—preguntó asombrado—. ¿Es que se te ha olvidado hallar logaritmos?

Al salir, Polín se despidió de nosotros en la misma puerta. Yo hice lo propio de mis compañeros, y le seguí cautelosamente. La noche era oscura, y Polín miraba en derredor, como si temiese ser espiado. Yo le seguía medio á rastras. Llegó por fin hasta el portal en que dormitaba la madre Sacramento. En aquel instante mi corazón palpitaba con violencia, como si el miserable, el ladrón, fuera yo.

La vieja dormía arrebujaada junto al hornillo. Polín se adelantó hasta el dintel, y ¡no, no me engañaron mis ojos! extendió la mano hasta la anaquelera y cogió una torta.

Experimenté verdadera ira contra el hipócrita. Le hubiera aniquilado. Sin embargo, tuve paciencia. Vi á Polín mirar á todos lados y desaparecer calle arriba, procurando ocultar el manjar codiciado bajo su bufanda.

En el repaso del día siguiente don Zacarías me sacó al encerado.

—Vamos á ver—me dijo—: esta ecuación está planteada. Quite usted denominadores.

Yo no pensaba más que en Polín, en las tortas; en Rosita con el rostro ensangrentado por los golpes impíos de la madrastra.

—¿No sabe usted quitar denominadores?—gritó don Zacarías—. A ver: que se adelante Polín.

No pude contenerme.

—¡Polín!—dije con ironía sordónica—. ¡Ya lo creo que los quitará! ¡Es su especialidad!

Apenas lo hube dicho, se adelantó Polín y me cogió de la garganta. Creí que iba á ahogarme.

—¿Qué quieres decir?—me increpó—. ¡Explicalo ahora mismo ó te ahogo!

Era una furia, un enajenado. Costó trabajo al profesor desasirle, y yo llegué á temer por mi vida.

—¡Para mañana diez problemas—gritó don Zacarías—, y ahora encerrado hasta que yo disponga otra cosa!

Salimos y quedó encerrado Polín. Por la mañana pasé por casa de la madre Sacramento. Estaba golpeando á Rosita. Protestaban las gentes, indignadas, y la vieja gruñía como siempre:

—¡Se ha comido una torta! ¡La voy á matar!

Sentí vergüenza de mí mismo. Yo sabía quién era el ladrón, y decidí castigarle aquella misma noche. Por la tarde falté al repaso y fui á buscar á un vigilante.

—Sé—le dije—quién roba las tortas á Rosita. Esta noche le podemos coger.

El vigilante vino conmigo, y nos apostamos en la plaza del Salvador. Llegó la niña con el cesto de las doce tortas y le puso en el suelo. Luego volvió la espalda y se puso á encender la luz.

En aquel instante vimos venir un bulto deslizando en la sombra como una serpiente. No necesité ver su cara. Los latidos de mi corazón le denunciaron. Era Polín.

Se adelantó hasta el cesto, levantó el paño que le cubría, metió la mano y echóse atrás, dispuesto á la huida.

—¡Ese es el ladrón!—grité con voz de trueno.

Al punto el vigilante corrió tras Polin y le detuvo por un brazo.

Polin quedó pálido, exangüe; parecía presa de un ataque de eclampsia.

—¡Suelta el robo, pillastrel!—le dijo el vigilante sacudiéndole por el brazo.

Pero Polin no obedeció. Tembloroso, marmóreo, se dejó registrar sin hacer resistencia.

No tenía la torta en su poder; sin duda, al verse perseguido, la había arrojado á lo oscuro.

—¡A contar las tortas del cesto!—dijo yo, resuelto á probar el delito—. No debe haber más que once, en vez de doce.

Se había reunido enorme grupo de curiosos.

Rosita nos miraba asustada y lloraba en silencio.

El vigilante levantó el paño, fué sacando las tortas del cesto y contó: una, dos, tres... ¡había trece!

—Se habrá equivocado la madre Sacramento y me habrá puesto una de más—dijo, gemebunda, Rosita—. Pero Polin no ha robado nada.

—Vete—dijo entonces el vigilante á Polin—. Y que no te vuelva á encontrar por estos sitios.

Todos nos separamos, y yo dudé, avergonzado y confuso. ¿Cómo explicar aquel misterio?

Pero de pronto, una luz pareció iluminar mi cerebro, y lo expliqué todo, tal como debió haber sucedido.

Polin no era malo, Polin era generoso, y atormentado al ver que Rosita tenía hambre y no podía resistir á la tentación de devorar una torta, había decidido socorrerla; pero careciendo de dinero, robaba todas las tardes una torta á la vieja egoísta y la llevaba al cesto de Rosita, para que la niña pudiera comer.

SOLILÓQUIOS